

CAPITULO XI

Roma despues de los reyes hasta los decenviros.—Carácter de la revolucion republicana en Roma.—Aumento del Senado.—Creacion de los cónsules.—Dominacion de los patricios.—Restablecimiento de los comicios por centurias.—Destierro de Tarquino: conspiracion de los hijos de Bruto.—Luchas contra los etruscos.—Guerra latina.—La dictadura.—Discordias interiores: las deudas.—Diversas guerras exteriores.—Retirada del pueblo al Monte Sagrado.—El Tribunal.—Guerra contra los volscos.—Coriolano.—La ley agraria.—Los Fabios.—Lucha entre el senado y el pueblo.—La ley Jerentila.—Cincinato.—Conquistas populares.—Los decenviros.—Muerte de Virginia.—Restablecimiento del consulado y del tribuno.—La ley de las doce tablas.—Resultado de la legislacion de los decenviros.

Se ha creído por mucho tiempo, y de buena fe, que la revolucion que en Roma arrojó á los Tarquinos, al mismo tiempo que Harmodio en Grecia asesinaba á Hiparco, fué obra del partido democrático en provecho de la libertad. Es, por consiguiente, necesario apreciar bien lo que fué la libertad antes del cristianismo, y saber que la palabra «*res-publica*» en la antigüedad significaba el estado, la «*cosa pública*». En Roma se la empleó al principio para expresar el más atroz de los despotismos que jamás ejerció una aristocracia, y bueno es conocer de un modo cierto qué clase de gobierno salió de la sangre de Lucrecia.

Al principio triunfaron los patricios en el interior. En verdad que Bruto es patricio, segun la tradicion, y de un natural rudo, severo é inexorable á la manera de los quirites; pero este hombre que fingió tan bien la locura (1) y que conservará esta misma severidad al condenar á muerte á sus dos hijos, supo aprovechar este motivo en beneficio propio. Por lo demás,

(1) Bruto era el blanco de las sospechas de su tío Tarquino, y se fingió loco. Enviado por la misma época á Delfos para conjurar los oráculos, ofrece á Apolo una barra de oro en un baston de madera tosca, imágen de su intelgencia disimulada bajo la apariencia de la locura. Consultado el oráculo para saber cuál de los dos jóvenes príncipes romanos sucedería á Tarquino, respondió: «Aquel que primero abraza á su madre.» Bruto comprendió el sentido oculto de esta palabra y abrazó á la tierra, «nuestra comun madre.» Véase á Rancey, al cual seguimos.

cada uno pensó en sí mismo; pero la plebe pudo apercibirse de que había perdido cambiando un maestro por trescientos.

Ya, despues de la victoria, los senadores, al contarse, veían con dolor los puestos vacíos que había dejado en su órden la tiranía de Tarquino. Sólo ciento setenta y ocho puestos habían quedado ocupados en este supremo consejo. Fué necesario elegir nuevos padres é inscribirles con los otros: estos fueron los *conscriptos*, *conscripti* (1), sacados del órden de los caballeros, en el que estaban mezclados los plebeyos ricos. Quizás, despues de todo, era esto el precio de una transaccion de la aristocracia de nacimiento con la rica vecindad plebeya, de la que aquellos necesitaban (2).

Había además otro puesto vacío; el del trono. Era necesario que la república tuviera jefes.

Se afirma que Servio, este rey de popular memoria, concibió una forma de gobierno en la que se encargarían de la direccion de los

(1) Tito Livio, lib. II, caps. I y II. Los antiguos senadores se llamaban *patres*; los nuevos se llamaron *conscripti*; inscriptos juntos. Al principio se decía dirigiéndose al senado: «*patres (ei) conscripti*»; más tarde se dijo simplemente «*patres conscripti*», suprimiendo casi la primitiva distincion.

(2) Esta es la opinion de M. Mommsen, *Historia romana*, t. II, p. 20, aunque segun nuestro parecer, el sábio alemán lleva muy adelante la habilidad reciproca que, segun él, había presidido á esta revolucion de transaccion.



negocios dos reyes elegidos solamente por un año. En efecto, se crearon dos jefes casi con las mismas atribuciones, pero con un título y aparato más modestos (1). El senado mismo no sancionaba más que los *senado-consultos*. Bruto y Colatino fueron elegidos por sufragio para *velar* por la conservacion de la república, *consulere* (2). A estos se les llamó cónsules, magistrados anuales, cuyas atribuciones eran mandar el ejército, convocar el senado y reunir el pueblo; pero faltaba un rey para los sacrificios, y se creó con el título de *rex sacri ficulus*, rey de los sacrificios, personaje de poca importancia, que llevaba corona, estaba exento del servicio militar, no intervenía para nada en la política, y estaba sometido al gran pontífice en todo lo que se refería á sus funciones religiosas (3). Este rey no era peligroso.

Más temible y peligroso era el patriciado (4). Él quería formar casta, y se consideraba con bastantes medios para dominar. Se daba á sí mismo el nombre de «*raza sagrada*», y á la plebe la denominaba raza «*profana*». Sólo él tenía antepasados; sólo él poseía una série de pinturas que atestiguan su nobleza y las hazañas de sus padres: este era el «*derecho de representacion*», y en las grandes solemnidades, en los funerales, se exponían al público estas pinturas.

La «*confarreacion*», matrimonio patricio, por la ceremonia de la particion de la torta de trigo, prohibía que la sangre noble se mezclara con la sangre impura. La riqueza era para el patricio lo mismo que el nacimiento; había tomado gran parte en la division de las tierras conquistadas, recibiendo, dando en renta, eximiéndose de pagar el cánon, robando los pastos comunes, y colocando allí á sus colonos. De este modo aumentaban sus lotes los patri-

(1) En lugar de la toga de púrpura de los reyes, los cónsules no tuvieron más que un vestido blanco y una banda color de púrpura bordada.

(2) Preferimos esta etimología á la de M. Mommsen, que dice que cónsul significa simplemente *collega*, ó literalmente, los que saltan y danzan juntos (*cum salire*).

(3) Tito Livio, cap. II.

(4) Michelet, *Historia romana*; M. Dumont, *Historia romana*, cap. III.

cios, «*sortes*». Por último, se rodeaba de misterios.

Los patricios ocultaban hasta las fórmulas judiciarias y los días de pleito. Eran los únicos maestros en la ciencia del derecho. Más aún, eran los dueños exclusivos de la religion; sólo ellos entraban en el sacerdocio. Y aunque este sacerdocio era siempre vitalicio, aunque era electivo para los flámines y salios, que tenían poco que hacer, la «*cooptacion*», la eleccion por el colegio, era reclamada por los pontífices y los augures. Por temor de que la adivinacion se divulgara, se consagró la inamovilidad de los augures. Pero como no se hacia nada sin la aprobacion de los dioses, como para conocer su voluntad era necesario observar el cielo y consultar las aves, se cree con razon que la eleccion de aquellos por cuya boca hablaba el cielo, era importante. Día llegará en que también hablarán los dioses por boca de los cónsules. En el entretanto, cualquiera que sea el asunto de que se trate, la caída de un rayo ó un prodigio, el chillido de un raton ó el no comer un pollo, bastaba para suspenderlo todo (1).

Sin embargo, no es extraño que los «*comicios por centurias*», convocados por la mediacion de los cónsules, en los cuales, por otra parte, dominaban los patricios, y que no se celebraban si no había auspicios favorables, fueran restablecidos sin inspirar sospechas á los poderosos.

De este modo es como Roma conquistó la libertad; pero aparecerá todavía más brillante cuando aparezca en todo su rigor el derecho de los acreedores; cuando el patriciado, no temiendo ya á la autoridad real en el exterior, se creyó libre de toda contemplacion y miramiento. Cuando el peligro es inminente, no se puede hacer pesar sobre la plebe un yugo de hierro.

Lo que más urgía era levantar una barrera infranqueable entre Roma y los Tarquinos. Se declaró «*odioso*» el nombre de rey, y el pueblo

(1) Tito Livio, lib. II, c. XXXVI-LXIV; lib. III, c. XIV XVI; lib. V, c. XXXII; Ciceron, *De rep.*, c. II; Plinio, c. XXXV; Polibio, c. VI; Dionisio de Halicarnaso, c. II; Apiano, c. I.



lo aprobó. Era de necesidad interesar á todos en la resistencia, para el caso de que los desterrados apelaran á la fuerza.

Tarquino envía embajadores para reclamar los bienes de su patrimonio, y Bruto se negó á ello; el Senado y el pueblo accedieron á la demanda, pero él supo impedir la ejecucion del decreto. Un esclavo, llamado Vindicius ó Viudex, descubrió una infame conspiracion: los embajadores habian tramado un complot con los jóvenes patricios para entregar la ciudad al rey (1). Todos los partidarios de los etruscos fueron castigados, sin excluir á los hijos de Bruto y los sobrinos de Colatino. A los unos se los pasó á cuchillo, y Bruto, sin separar la vista, pronunció la sentencia y vió rodar la cabeza de sus hijos. Otros, entre ellos Colatino, esposo de Lucrecia, que era de la familia de los Tarquinos, fueron desterrados, y despues distribuyó los bienes de Tarquino entre los pobres, excepto el Campo de Marte (2), que el último monarca habia usurpado, y que se consagró de nuevo.

Un resultado tambien evidente para Roma y más funesto todavía que la dominacion de los patricios, fué la sublevacion general de los aliados. Roma perdió de un golpe la Italia, que tomó las armas en favor de los desterrados, ó por lo ménos rechazaba toda supremacia. Hasta el Lacio y la Sabinia se proclamaron independientes. La ciudad quedó reducida á sus murallas, y para reparar esta pérdida tuvo necesidad de sostener una guerra constante por espacio de más de dos siglos.

El rey con toda su *gens* se habia refugiado en Ceres, ciudad etrusca (3); los etruscos, como era natural, se ponen los primeros en movimiento. Los Tarquinos y veyenses llegaron hasta las puertas de Roma, donde Valerio, el nuevo cónsul, les derrotó. Bruto luchó cuerpo á cuerpo con Arunte, hijo de Tarquino, y los dos perecieron atravesados por sus lanzas. La muerte del cónsul se lloró como la de un padre.

(1) Tito Livio, lib. II.

(2) Aul. Gell, Dionisio de Halicarnaso.

(3) En nuestros tiempos se ha encontrado en Ceres el panteon de los Tarquinos. Mommsen, *Historia romana*, c. I, p. 169.

Sin embargo, Valerio, que habia sustituido á Colatino, volvió á entrar triunfante sobre su carro; este es el origen del gran triunfo. Despues levantó un palacio, verdadera fortaleza, que dominaba al Forum. El pueblo murmuró; pero él tomó entonces el partido de adularle, dando muerte á todo el que pretendia erigirse rey, destruyendo su palacio y viviendo pobremente, por todo lo cual mereció el nombre de «Publicola» (1). Pero él odiaba á la aristocracia, y para vengarse de ella eximia á los pobres del impuesto, establecia el derecho de apelar al pueblo de toda sentencia, bajaba las haces consulares cuando pasaba por delante del pueblo, y conseguia ser nombrado cónsul cuatro veces. Por esto era sospechoso; así es que los patricios nunca estuvieron bien con Valerio. Este creó tambien para custodiar el tesoro, los dos «questores» annales, é impuso una multa á los que desobedecieran á los cónsules. Estas concesiones que él acordó quizá en vista de la union indispensable entre los dos órdenes, no servirán de obstáculo á la conquista (2).

En la guerra contra los etruscos, el orgullo nacional, segun los anales romanos, tiene que vencer no pequeñas dificultades. Las tradiciones de familia son puestas á contribucion para dar una grande idea del valor de los ciudadanos y ocultar su derrota con los pormenores de una aparente resistencia. El poderoso rey (Larth ó Lars) de Clusium se habia puesto en marcha hácia Roma y amenazaba en su nombre más todavía que en el de los Tarquinos. Horacio Coclés, el «tuerto», defiende el puente Sublicio contra un ejército. Esto es un noble recuerdo, y nosotros no tenemos derecho para declararle imposible (3). Antes bien tratamos de averiguar lo que hay de verosímil y de glorioso en la accion heroica del patricio Mucio, de la familia plebeya Mucia (4), que entra sin dificultad en la tienda de Pórsena en el momento que daba la paga á sus solda-

(1) O *Poplicola*, que cultiva, que adula al pueblo.

(2) Tito Livio; Ciceron, *De rep.*, c. I-XXI; Plutarco, *Vida de Publicola*.

(3) Bayard dice lo mismo.

(4) M. Michelet hace esta observacion en su espiritual narracion; esta es una pequeña dificultad.



dos (1), intenta asesinarle; pero engañándose torpemente, mata al secretario en vez de al rey, y en castigo se corta la mano. Mucio recibió por esto el sobrenombre de Scévola, «zurdo», y se cree con fundamento que el príncipe, conmovido á la vista de tanta magnanimidad, perdonó al homicida. Pórsena formó tambien una idea muy elevada de la grandeza de alma de los romanos, al saber de boca del veraz Scévola que habia trescientos patricios dispuestos á descargar el mismo golpe. Perpenna se retiró inmediatamente, pero llevando los rehenes.

Todavía vamos á ver otra historia más conmovedora. Clelia, la hermosa prisionera romana, se escapó de la prision y atravesó el Tiber á nado. Los romanos la mandaron nuevamente á Pórsena y éste la devolvió la libertad, le regaló un caballo ricamente enjaezado y la permitió llevar consigo á sus compañeras. Clelia entró por fin en Roma y se la levantó una estatua ecuestre en la *via sacra*. Mucio obtuvo una recompensa en tierras, lo mismo que Coclés; esto honra á la virtud romana.

Dejando á un lado estas anécdotas, parece incontestable que el rey Pórsena consiguió una victoria tan completa, que no dejó á los romanos más que el hierro necesario para la agricultura.

Esta fué la época en que el poder de los etruscos llegó á su apogeo. Unidos los etruscos á los cartagineses, que disponian de una formidable marina y dueños del mar Tirreno, se apoderaron de la isla de Córcega y extendieron su dominacion por las costas del Adriático. En el continente, Roma habia sido para ellos el baluarte del Lacio: la expulsion de los Tarquinos dió motivos para una ruda defensa. La república perdió, á lo que parece, todo su territorio allende del Tiber, y la Italia parecia estar destinada á servir de presa á los etruscos (2).

Roma no recobró su independencia hasta que, con supremos esfuerzos, los latinos de

(1) Los etruscos estaban más adelantados que los romanos: estos no recibieron sueldo más que durante el sitio de Veyes.

(2) Estos interesantes detalles se deben á monsieur Mommsen, *op. cit.*, cap. II, p. 104.

Auxur derrotaron á los etruscos, salvando la independencia de Italia. Los etruscos renunciaron al tratado de Janículo, pero permanecieron sobre esta colina (1).

La Etruria va bien pronto á debilitarse por un golpe funesto. El Oriente habia empeñado á los cartagineses en esta contienda contra la Grecia. Pero el mismo día que Temístocles triunfaba en Salamina, Gelon de Siracusa destruía, cerca de Himera, al numeroso ejército de Amilcar, aliado del rey de Persia. Humillada Cartago, arrastró en su caída el poder marítimo de los etruscos. Hieron derrotaba una de sus escuadras, enviaba un casco etrusco á Olimpia con esta inscripcion: «Hieron y los siracusanos á Júpiter: despojo hecho en el mar Tirreno,» y Pindaro cantaba su victoria (2).

Todos estos hechos dieron vida á los asuntos de los romanos. Por otra parte, la Italia era presa de continuas discordias. Nadie, sin embargo, se encarnizó en la ruina de la ciudad del Capitolio, de esta ciudad poco há tan poderosa y ahora tan debilitada; antes bien, la Sabinia le enviaba un fuerte auxilio con Apio Claudio, que iba á Roma con su familia y cinco mil clientes. Este «patricio» sabino, entrando en el Senado, robusteció el patriciado de Roma y á la vez la república. La muerte de Valerio Publicola, ocurrida entonces, llenó de luto á la nacion; pero se consoló por la victoria de Postumio sobre los auruncos y su pequeño triunfo ú *ovacion* (3).

Habia llegado ya el tiempo en que Roma tenia que luchar frente á frente. Los Tarquinos se habian aliado con los latinos. Treinta ciudades del Lacio, en union con los volscos, acudian á tomar las armas; el peligro era inminente.

Se creyeron obligados á someterse á un poder absoluto, á la *dictadura*, que, creada por seis meses, tenia con sus veinticuatro segures y sus varas el derecho de vida y muerte sin apelacion. Ya los plebeyos rehusaban ser alis-

(1) Tito Livio, lib. II, cap. 15; Florus, Plutarco, Valerius, Dionisio de Halicarnaso.

(2) En su primer *Pítica*. Mommsen, *op. cit.*, 106.

(3) Plinio, lib. XIV, cap. 34; Tacito, *Ann.*; Polibio,



tados. El *dictador*, el *señor del pueblo*, *dictator*, *magister populi*, Tito Larcio, levantó tropas y entró en negociaciones con el enemigo. A los diez y seis días abdicó, y hasta Sila, todos los dictadores siguieron su ejemplo, dimitiendo desde que el peligro del momento desaparecía; pero Tito no obró como debía: fué necesario combatir cerca del lago Regilo. Era esto para Roma una cuestión de vida ó muerte. Los hombres hicieron todo lo que les fué posible; el dictador Postumio combatía á pié, siguiendo el deber de su empleo, mientras que el *jefe de la caballería*, auxiliar del dictador, mandaba la caballería. Los dioses tomaron parte en este asunto: Castor y Polux aparecieron en medio de la confusión. Los dos hijos de Tarquino y Manilio perecieron en el combate. Postumio alcanzó el triunfo, y le recompensaron los dioses consagrando una fiesta en honor de los dos gemelos divinos. Los latinos y los sabinos de Cures se vieron obligados á consentir en la *alianza*; renunciaron al derecho de la guerra, y se obligaron á suministrar á Roma la mitad de su infantería y las dos terceras partes de la caballería (1). Verdad es que se les daba el sufragio en la ciudad, y que conservaban sus leyes y sus costumbres. No quisieron unirse á los pueblos del bajo Lacio; eran como los hospederos de los romanos, y mandaban una corona de oro á Roma. Tarquino el Antiguo, que habia luchado con tanta constancia, se fué á esperar la muerte, hasta la edad de ochenta y tres años, cerca de un tiranuelo de la Magna Grecia, Aristodemo de Cumas.

El patriciado pudo llegarse á creer el señor absoluto, pero abusó. Los plebeyos gemían bajo la triste suerte de la esclavitud. La guerra no les habia servido para nada; en el botín tenían escasa participacion los soldados. Victoriosos, se llevaban una porcion de gavillas de trigo; pero en cambio, encontraban sus campos ya baldíos y sus chozas incendiadas. Entonces tenía lugar la calamidad de los *prestatos* y la usura patricia con el doce por ciento de interés, que acababa de arruinarlos. Una vez deudores, ya estaban perdidos. El campo em-

(1) Tito Livio, Dionisio de Halicarnaso, *Passina*.

peñado, no bastaba para cubrir la deuda, y entonces tenía que responder la persona; dura sería la ley en tiempo de las *goce tablas*, pero más lo debió ser antes.

Llegaba el día fatal para el deudor, y entonces era llamado ante el tribunal. Si no acudía, se tomaban las *correspondientes declaraciones*; si *trataba de escapar, se le echaba mano*. Si por la edad ó por causa de enfermedad no podía ir, se le proporcionaba un caballo, pero nunca litera. Un rico responde por otro rico, pero por un pobre no hay quien responda. Una vez que ha declarado la deuda, todo está terminado, y su suerte es decidida antes de ponerse el sol.

Se le han dado treinta días para que pueda pagar. Pasados estos sin que satisfaga la deuda al acreedor, se le lleva atado con cordeles ó cargado de cadenas de á quince libras de peso mínimo, de ménos de quince si llegare á compadecerse el acreedor. En la prision, el deudor corre con la cuenta de subsistencia, y si no tuviere medios, tiene que contentarse con un poco de harina, que constituirá todo su alimento. Pero sumido en la cárcel (todas las casas de los patricios tenían la suya), el desgraciado no podía pagar nunca.

En este caso permanecerá en la prision hasta los setenta días, despues de los cuales será expuesto en el mercado por espacio de tres días para su venta. Aquel valiente, aquel guerrero, aquel hombre libre que se vió necesitado y se empeñó para sustentar á su familia, va á quedar reducido á la condicion de esclavo, sin consideracion que él ha hecho lo que ha podido por salvar al Estado, exponiéndose á derramar su sangre. Si tiene varios acreedores, se dividirán su cuerpo ó el producto de la venta. El deudor no es considerado como un hombre, sino como cosa. No hay opresion mayor que la que sobre él pesa. Los medios inventados por el legislador eran tambien horribles. Así eran tratados hasta por los centuriones. Un prisionero logró escaparse un día de la prision y se dirigió al Foro, reclamando con energía la proteccion de los quirites. Pálido, extenuado de necesidad y desnudo el pecho, enseñando las gloriosas cicatrices al par que los señalados



golpes del látigo, diciendo que habia asistido á veintiocho acciones y ganado varias coronas en la guerra sabina, y que durante este tiempo se habia visto obligado á empeñarse para sustentar á su familia (1), y que huía de los atroces castigos de sus verdugos.

Los plebeyos no podían soportar tan lamentable situacion. Deudores ó no deudores, libres ó obligados á romper sus cadenas, amenazaban á los patricios y querían que el senado se convocara, amenazando con sitiar el templo.

Uno de los cónsules, Apio, no quiso acceder. Este patricio, que habia perdonado á los plebeyos todas las deudas que con él habian contraído, hizo frente á la rebelion que se habia promovido por la usura y crueldad de los otros acreedores. Su compañero, más popular, no participaba ni de la inflexibilidad de Apio ni de su valor; este se llamaba Servilio.

En medio del tumulto, volscos, aurunces y sabinos, se iban acercando á la ciudad. Esto no importaba al pueblo; sólo á los patricios, que eran los que dominaban en Roma, importaba la defensa. Apio opinaba tambien así. El senado creyó más acertado oponerles á Servilio para desconocerle más tarde. Servilio prometió que no se aprisionaria á los ciudadanos, que no se retendrían sus familias en rehenes y que no se sacarian sus bienes á subasta. Las tropas alistadas tomaron á Suesca-Pometia. Una parte del botín y el envío de tres colonias á las tierras conquistadas aliviaron á la ciudad, y el senado se creyó libre (2) (575).

La lucha habia ya comenzado. Los plebeyos no querían pagar. La nobleza tenía un valiente campeón en su cónsul Apio. Mientras que estuvo encargado del consulado continuó juzgando desde su tribunal, y los gritos ocultaban sus sentencias y la muchedumbre rechazaba á sus lictores. Fuera del consulado era él el jefe de la aristocracia. Sin embargo, los ecuos, los volscos y los hérnicos acudían al Lacio, y nadie se presentaba á prestar el juramento militar. El alistamiento era la táctica

del senado para librarse del tumulto; la multitud no quería alistamientos. Fué necesaria la presencia del dictador Munio Valerio, hermano de Publícola, para obligarla á tomar las armas. Renovó las promesas de Servilio, que él garantizaba con su nombre, y no pudo lograr su cumplimiento despues de la victoria. Entonces dió entrada á cuatrocientos plebeyos á la categoria de caballeros, y cuando los patricios desaprobaban esta medida, abdicó la dictadura con aplauso del pueblo, que le estaba tan agradecido (1).

El senado contaba con el ejército y estaba para enviarle contra los ecuos. Pero los plebeyos estaban dispuestos á la resistencia. Para librarse del juramento que les tenía obligados á sus banderas, habia pensado dar muerte á los cónsules. Escogitaron, sin embargo, otro medio, y este fué el de levantar sus águilas, atravesar la ciudad y marchar á enclavarlas en el monte Aventino, adonde les iba siguiendo la multitud. Roma quedaba desierta. Por su parte, Apio hubiera consentido que perecieran en aquel lugar muertos de hambre y de frio. Pero los demás senadores, asustados por la soledad en que se hallaban, mandaron una comision á los rebeldes, que se habian ido retirando hasta el Monte Sacro. La fábula de Menenio Agripa llevó el restablecimiento del orden con reales concesiones. El pueblo comprendió que ya con estos derechos no le convenia rebelarse contra los patricios. Fué esto por parte de aquellos una poderosa conquista, sin la cual no hubieran accedido. Consiguieron la abolicion de las deudas, y que fuesen nombrados de su seno los tribunos. Estos cinco plebeyos inviolables, *sacro sancti*, es decir, que estaban bajo la proteccion de los dioses. Estos simples magistrados, sentados humildemente á la puerta del senado, sin más derecho que el de oposicion, llegarán á hacerse más fuertes que los cónsules y que los dictadores. Sabían bien ellos que un *veto*, *voto negativo* era una arma irresistible en sus manos. Esta palabra era la voz del número, el *non* poderoso de la multitud, era la amenaza de una nueva separacion, de una

(1) Tito Livio, *Historia romana*.

(2) Tito Livio, libro 11, cap. 23 24.

(1) Tito Livio, libro 11, cap. 23, 24.